

MAMI, QUIERO SER CICLISTA: DEL SUEÑO A LA REALIDAD

Artículo publicado en *Pedaier Pro* nº 14



Visto desde fuera, parece que la vida de cualquier deportista profesional, empezando por los remuneradísimos futbolistas hasta los ciclistas (aunque algunos no lleguen al sueldo de un administrativo medio), parece muy bonita. Te dedicas a lo que te gusta, aquello con lo que soñaste, viajas, conoces gente, ganas competiciones, la gente te anima, te aplaude, tu familia se siente orgullosa de ti, tienes un club de fans que te apoya de forma incondicional... y total, por dar pedales, que eso lo hago yo (diría un cicloturista) cada fin de semana sin que me paguen, ojalá pudiera dedicarme a ello y no tener que realizar otro tipo de trabajo menos satisfactorio para ganarme el sustento...

El sufrimiento de un niño

Quizá más de uno piense que ser ciclista es cuestión de suerte, porque se nace ciclista, con unas cualidades específicas que no todo el mundo posee. Bien, esto es cierto en parte. Los hay que no nacen con tantas cualidades y son ciclistas a pesar de todo. Y aunque hayas nacido superdotado para esto de la bici, conseguir llegar a vivir de ella no es precisamente un camino de rosas, puede que éstas estén al final, pero por el camino te tropiezas con una espina tras otra. Empiezas en las escuelas, haces amigos, te diviertes desplazándote más deprisa de un lugar a otro. Es la forma en que un niño se engancha al deporte: si le metes competición a edades tempranas estará quemado antes de llegar a cadetes. Necesita jugar, divertirse, mientras se va poniendo fuerte, y aprendiendo cosas que otros chavales aún desconocen: el valor del sacrificio.

Mis sobrinos suelen quejarse del dolor de piernas cuando salimos con la bici de montaña. Es natural que un niño tienda a evitar el sufrimiento y quiera sólo disfrutar. No nos engañemos: no nacemos sabiendo sufrir, por muy traumático (según dicen) que sea el momento de abandonar el cálido útero materno y asomar la cabeza al mundo exterior. Aprendemos a sufrir. Cuando somos bebés, nuestros padres se ocupan de que no pasemos hambre, expulsemos los gases para no tener dolor de tripas, nos achuchan para aliviarnos del dolor de los dientes al salir... Un poco más mayorcitos, cuando empezamos a trastear y nos pillamos los dedos con alguna puerta o nos caemos al dar nuestros primeros pasos, ya sabemos lo que es una herida o un golpe y el dolor que conlleva. Es el momento en que nuestros progenitores nos dicen “venga, arriba, no ha sido nada” porque si en lugar de eso nos cogen en brazos y nos dicen “pobrecito, pobrecito” romperemos a llorar y nos dolerá el doble, ya que el niño es el espejo del adulto: si el papá o la mamá se asusta, el pequeño más aún. Es el momento, entonces, de aprender a soportar el dolor. Vamos a tener tropezones, nos vamos a caer, sentiremos

dolor pero tenemos que seguir adelante, sanaremos y volveremos a tropezar, y así sucesivamente. Esto ocurre con todos los niños.

Pero un niño deportista aprende a sufrir no sólo pasivamente, cuando ocurren cosas imprevistas, como una caída, sino también activamente, para conseguir una meta. A mis sobrinos les encanta ir al pueblo más cercano al lugar donde solemos ir en fines de semana y verano y para ello tienen que subir una cuesta de más de un kilómetro con la bici. Cuando eran más pequeños los tenía que ayudar, ahora suben solos y prácticamente sin parar a pesar de que hay piedras y baches para aburrir. El dolor de piernas se compensó con la satisfacción de conseguir su objetivo, y luego disfrutar de su premio: el regreso cuesta abajo, lo más divertido. Han aprendido que el sacrificio mereció la pena porque lleva su recompensa. Y total, un kilómetro es solo un ratillo de pasarlo mal.

Imaginad ahora un chaval que ya está en cadetes y que empieza a competir. Ya no es tanta la diversión, ahora son horas y horas de entrenamiento compaginadas con el estudio: muchísimo más sacrificio y ¿dónde está la recompensa? A lo mejor gana alguna carrera, a lo mejor no. Claro que hay otras cosas: una preciosa bici, vestimenta de profesional, compañeros de equipo, viajes fuera de casa... la identidad de "ciclista" ya se empieza a fraguar. Pero los estudios deben seguir, y para poder dedicarle tiempo a los libros esas horas de entreno se lo quitarán a actividades que hacen otros chicos de su edad, como las salidas con los amiguetes, los troteos típicos de la pubertad y la preadolescencia, sus momentos de estar tirado en el sofá sin hacer nada, no estar todo el día con los videojuegos...

Los padres

¿Quién quiere tener hoy día un hijo (o hija) ciclista? Algunos preferirán que se dedique a otra cosa porque tienen miedo de que le atropellen, porque consideran que es demasiado sacrificado, o porque prefieren tomarse la bici en plan lúdico y no competitivo, y quieren que su hijo haga lo mismo. Pero otros sí puede que quieran que su hijo sea profesional, bien porque ellos lo fueron, bien porque fueron competidores pero no llegaron a vivir de la bici, bien porque se les "pasó el arroz" (descubrieron tarde su vocación) y ahora no les queda más remedio que competir en categorías máster. Que pretendan que la sangre de su sangre consiga lo que ellos no consiguieron entraña muchísimo peligro: presión, exigencia, impaciencia, insatisfacción, que lleva a discusiones, decepciones, a que el chico asocie su valía como hijo a sus resultados sobre la bici... eso es lo que a algunos chavales les ha tocado padecer.

Por otro lado, tenemos unos padres comprensivos que van a todas las carreras, que le apoyan haga lo que haga, que siempre están con él gane o pierda y que no le meten ningún tipo de presión: si consigues ser profesional, nos alegraremos por ti, si no, ya te ganarás la vida con otra cosa. Si es un chaval muy juicioso, entonces la presión se la pondrá el mismo: no puedo decepcionar a mis padres, después de que están recorriendo kilómetros y kilómetros para verme, que están trabajando toda la semana como unos burros y que los sábados y domingos en lugar de descansar tienen que conducir, están siempre ahí, nunca me fallan, no puedo fallarles yo a ellos... toma responsabilidad a edad temprana. Y si las cosas le van saliendo bien, progresa, tiene resultados, estupendo, pero ¿y si se tuercen? No sólo se siente decepcionado él, sino que también carga con la desilusión de su familia.

¿El finde nos vamos "de marcha"? Si, marchamos a competir

Los chavales que están en juveniles, con sus 17 y 18 años, suelen comentar que no son de los que les gusta la "fiebre del sábado noche". A la fuerza ahorcan. Siendo las

competiciones en fin de semana, a ver quién es el guapo que aguanta en la disco hasta las 5 de la madrugada y a las 7 se sube en el coche del equipo camino de un pueblo a tres horas de viaje para luego correr 100 km. a un ritmo de casi 40 por hora. Y de alcohol ni hablamos, porque eso es prácticamente impensable para un deportista de esa edad. El simple hecho de no “disfrutar de tu juventud” puede provocar que en el instituto más de uno mire al ciclista como un bicho raro, y dependiendo del ambiente, puede que todos. Se está perdiendo lo mejor de su vida, pensarán, qué ganas de sufrir dando pedales con lo que mola hacer botellón con los amigotes (o amigotas) y vacilarle a las pibas (o a los pibes) a ver si alguna (o alguno) cae. Luego están los intelectuales que ven el deporte como algo contrario a la inteligencia, como si los aspectos físico y mental de la persona no pudieran evolucionar juntos. Claro que también puede haber recelo en el sentido contrario: como ahora el cuerpo del deportista está de moda, se fijan más en él y en algún que otro surge ese sentimiento tan dañino que es la envidia.

Teniendo en cuenta la importancia que tiene en la adolescencia y juventud el ser aceptado por tu grupo de iguales (la gente de tu edad) sentir rechazo es tan duro que incluso puede crear traumas que se van arrastrando a lo largo de la vida. Un deportista, por un lado, es más maduro puesto que ha aprendido cosas que otros no conocen, como he comentado, el valor del sacrificio, la tolerancia a la frustración (asumir los fracasos), la capacidad para soportar la demora de la recompensa (entrenar y entrenar hasta conseguir un triunfo, una mejor forma, mantenerte en un equipo, etc.), pero, por otro, sigue siendo un niño. Lo es porque no se ha enfrentado al ambiente que viven otras personas de su edad, la mayor parte de su tiempo lo pasan entre deportistas como ellos y no en otros círculos donde los jóvenes no tienen su capacidad de sacrificio y están menos acostumbrados a obedecer. No siguen el ritmo general de maduración de otros miembros de su generación, son menos rebeldes, más disciplinados y menos mal pensados.

El paso de juvenil a aficionado

Llegamos a un salto clave en la trayectoria del ciclista: la antesala del profesionalismo. Hasta juveniles, han competido con gente como máximo dos años mayor que ellos, y ahora pasan a una categoría donde no sólo hay ciclistas bastante más mayores, sino también más resabiados, con más tablas, y acostumbrados a luchar por sus intereses. Ya no hay tanto espíritu solidario: si quieres pasar a profesional, tienes que destacar, y, según los equipos, a veces compites hasta contra tus propios compañeros, porque en muchos casos (salvo los equipos de aficionados que tienen equipo profesional) a quien fichan es aquél que sale retratado en la prensa especializada levantando trofeos en el podium. El director, ése que en categorías inferiores era casi como un segundo padre, ha dejado de llevar siempre la razón, ahora puede ser -pensaría el ciclista- quien frene mi carrera hacia el profesionalismo, porque si me pide que curre para éste, él será quien salga en la foto y yo seguiré en aficionados año tras año mientras veo al otro en la tele correr el Tour de Francia. Además, no sólo tiene que aprender a ser más “espabilado” sino enfrentarse a carreras con un 50% más de kilómetros que en juveniles, con puertos mucho más duros, más competiciones, más tiempo fuera de casa, desplazamientos más lejos... y algunos incluso siguen estudiando.

Por lo general, los padres suelen dar importancia a los estudios, especialmente hasta juveniles, pero pasada esa edad, igual que las exigencias de juvenil a amateur se multiplican, lo mismo pasa con la educación. Estás entrando en una carrera universitaria, y aquí ya no apruebas pegándote una panzada a estudiar el último día antes de los exámenes, tienes que dar el callo mucho antes (y con la LOU, que además es obligatorio ir a clase, más complicado aún). Es por ello que muchos que están en aficionados optan por dedicarse sólo a la bici, pero claro, ello implica sacrificar el tener en el futuro menos formación, con lo cual, al retirarte, menos probabilidad de un empleo bien remunerado, y si tampoco trabajas (como sí se hacía antiguamente) no puedes ir

ahorrando para comprarte tu futuro piso. Más sacrificio: ni formación ni trabajo. Y si llegas a profesionales y tienes la suerte de caer en un buen equipo, vale, pero ¿y si no es así? ¿De qué vives?

Me he encontrado con cicloturistas que incluso se creen con más cualidades que los ciclistas profesionales. Se miden con ellos, miran el tiempo que tardan en subir un puerto y aunque tarden una hora más, se justifican: “ellos entrenan todos los días y se dedican a esto en cuerpo y alma, yo además tengo que sacar una familia adelante soportando cuarenta horas semanales a un jefe déspota e inútil, asumiendo la terrible responsabilidad de mi propio negocio, o esclavo del móvil por ser autónomo”. Y yo siempre me pregunto: si tan clara tenía esta gente que podía vivir de la bici ¿por qué no lo intentó? Puede que lo hicieran y no tuvieran cualidades, en ese caso, quizá el menosprecio hacia quienes se ganan la vida dando pedales sea un desahogo, pensar que lo suyo tiene más mérito porque además de machacarse por las carreteras soportan las largas jornadas laborales.

Pero lo cierto es que, teniendo o no cualidades, en la mayoría de los casos no fueron ciclistas porque no quisieron asumir los riesgos que implica serlo. Es mucho sacrificio, mucho dolor de piernas, muchísimo sufrimiento, y la recompensa, en la mayor parte de los casos, no existe, porque por desgracia, hoy día hay muy pocos equipos profesionales. Hay que echarle mucho valor para jugarte tu vida a una carta, y ellos lo hacen. ¿Será que igual les gusta demasiado la bici?